



# Una tarde en 'el convento de los temporeros' de Calatayud

## REPORTAJE

Un empresario ha alquilado el monasterio de San José, donde vivían hasta hace poco monjas de clausura. 150 trabajadores búlgaros se alojan en sus antiguas celdas

Tibi Botos se asoma a lo que en su día fueron las celdas de las monjas de clausura del convento de San José, a las afueras de Calatayud. Él y su mujer, Ana, trabajaron muchos años en el monasterio. Eran las únicas personas que tenían contacto con las dominicas. «En el año 2000, cuando llegamos, había 22 religiosas que hacían una clausura total», recuerda. A finales de agosto de 2015, las últimas cinco religiosas, octogenarias todas ellas, dejaron este edificio. Dos sacerdotes se mantuvieron como 'guardianes' del convento hasta el pasado mes de noviembre. Desde entonces, unos perros han sido sus únicos moradores.

Desde hace unos días, esas celdas son habitaciones con literas que acogen a 150 temporeros. Los pasillos del centro, donde antes dominaba el silencio, hoy son un hervidero. Los recorren decenas de búlgaros que durante el día cogen cerezas en Olivés y que por la tarde descansan en lo que hasta hace poco fue un espacio de recogimiento y oración. Estos días, Tibi vuelve a trabajar en el edificio arreglando desperfectos, solucionando las averías y controlando que todo está en orden.

Este peculiar alojamiento de temporeros fue la solución que encontró el empresario Alberto Pérez, propietario de Mountain Cherry, de cara a un verano que se preveía especialmente peligroso en el campo por la crisis sanitaria. Como se ha demostrado en otras zonas agrícolas de Aragón y del resto de España, las condiciones de vida que en ocasiones sufren los temporeros que recojen la fruta son un caldo de cul-



Los temporeros regresan al convento tras una dura jornada de trabajo. MACIFE

tivo perfecto para el coronavirus. En Calatayud, de momento, no ha habido que lamentar ningún rebrote similar a los de las comarcas que han tenido que retroceder a la fase 2.

### Habitaciones con baño

A las 6.00, cuando parece que quiere empezar a amanecer, varios autobuses llegan a las inmediaciones del convento para llevar a los temporeros hasta la parcela de Olivés en la que van a recoger cerezas. Después de una larga jornada bajo el sol, a las 16.00 regresan al convento. Se asean y se ponen manos a la obra en las cocinas. Los fogones que usaban las monjas con productos de su huerta ahora sirven para cocinar platos con aromas exóticos.

Arriba, los trabajadores se distribuyen por las decenas de celdas y estancias diversas repartidas en las cuatro plantas que tiene el convento. Hay una zona con habitaciones para matrimonios y otra con cuartos algo más grandes en los que se meten hasta cuatro personas. Todos los apo-

sentos tienen su propio baño y un papel pegado en la puerta con el nombre de los inquilinos.

El coro y la capilla permanecen cerrados, pero sí se aprovechan los amplios jardines. Aunque algunos optan por acercarse a Calatayud por la tarde, la mayoría de los trabajadores hacen vida en la zona exterior del propio convento. Justo Sánchez, párroco de San Juan El Real, fue el último inquilino del edificio. Lamenta la corta vida que ha tenido, ya que ha perdido su función espiritual apenas 40 años después de que se levantara (se estrenó en 1978): «Se preveía que iba a haber una comunidad creciente de hermanas, pero no ha sido así». Cree que esta nueva vida es una buena solución, pero siempre que sea algo «temporal» y «para un tiempo limitado».

Estos temporeros, alrededor de 150 –la mayoría son mujeres–, han venido por primera vez a Aragón desde una misma región del suroeste de Bulgaria, casi en la frontera con Macedonia. Susi es la jefa de campo y también procede

de este lugar, pero ya es veterana: lleva 17 años viniendo todos los veranos a trabajar en los frutales. «Para ellos es una oportunidad de salir de Bulgaria y de ganarse la vida», explica en un perfecto castellano. Según sus cálculos, los alrededor de 2.000 euros que van a ingresar en casi dos meses de trabajo en la cereza equivalen a todo un salario anual en su país de origen.

### A cambio de un «donativo»

Alberto Pérez, el empresario que les ha contratado, cuenta que otros años los temporeros se buscaban la vida para dormir en Zaragoza. Él luego les ponía un autobús y los traía hasta Olivés. Este año, con la delicada situación sanitaria, «estaba buscando alojamiento y surgió esta oportunidad». El Ayuntamiento de Calatayud le puso en contacto con el Arzobispado de Tarazona, propietario del inmueble, y cerraron el trato a cambio de «un donativo para luchar contra los efectos de la covid», dice el agricultor sin desvelar la cantidad.

## Aragón registra 10 casos más y lidera la incidencia nacional

Con una tasa de 21,22 contagios cada 100.000 habitantes, Aragón lidera la tasa de incidencia de la covid-19 a nivel nacional que se queda, de media, en 4,21. La Comunidad registró ayer diez nuevos infectados, que elevan a 280 los casos identificados en los últimos siete días. Sanidad cifra en 153 las hospitalizaciones por covid-19 de la última semana, 14 de ellas en Aragón. De los 12 nuevos casos registrados en Aragón, 7 son asintomáticos, nueve corresponden a Huesca y tres a Zaragoza. Además, durante la jornada del lunes en la comunidad aragonesa se registraron 5 ingresos en planta y se dieron 12 altas epidemiológicas. Los nuevos casos se están estudiando para establecer su vínculo con los casos ya conocidos y, de momento, 6 se corresponden ya con las comarcas de Bajo Cinca, Cinca Medio y La Litera, que suman ya 335 positivos. HA

Según asegura, se ha gastado «unos 60.000 euros» en dignificar las estancias, solucionar desperfectos, comprar literas y colchones... «Cuando traes a tanta gente hay que tenerlos controlados de alguna manera, y más este año», señala Pérez, quien mantiene que a los temporeros «no les cuesta nada» el alojamiento que él les proporciona.

En un espacio tan concurrido, nadie puede asegurar que no entrará el temido virus, pero Alberto Pérez aclara que «lo que es seguro es que ellos no lo han traído de su país», ya que «en Bulgaria tienen menos contagios que aquí» y, además, pasaron un aislamiento de 14 días al llegar a España. «Si los cinco millones de parados que tenemos en este país vinieran a trabajar, no tendríamos que traer temporeros de fuera», dice Pérez, quien lucha por limpiar la mala imagen que tienen estos trabajadores del campo extranjeros: «Si no fuera por ellos, la fruta de Aragón no se cogía», reflexiona.

JAVIER L. VELASCO